

DIVAGACIONES EN BONAVAL

(Recordando a Sinforiano García Sanz, sus escritos)



Es ubérrimamente lujuriosa la vegetación en este arroyo de Valdeabadía que nos trae a Bonaval desde el puente y la fuente de Retiendas para llevarnos hasta las ruinas del antiguo monasterio, de altos paredones mordidos por el tiempo, mole de piedras informes que aún no se bajaron al suelo a confundirse con esta vegetación de álamos, fresnos, chopos, zarzas, espinos..., que como un esqueleto monstruoso que quisiera esconderse entre la maleza y que guardó en su día el gozo de lo humano con la esencia de lo divino, y que la Orden del Cister moró en el Medievo estos bellos parajes.

Estas piedras caídas, cuando fueron armoniosa fábrica, anidaron allí la santidad el trabajo y la pereza, la mansedumbre y la soberbia; fueron un foco de sabiduría, donde fructificó el germen del bien y la alabanza de Dios y entonces surgió de lo que era jaramago de espinos, brazos hirientes, ortigas punzantes; aliagas y torviscos, la ubérrima huerta, el bancal con frutales, las avenidas de chopos y tilos que embalsaman el ambiente con olorosa santidad...

La quietud perezosa de las ruinas y el macizo silencio de los contornos dan motivo a la meditación que se aroma con el incienso de la nostalgia. El cielo, con unas nubecillas leves, de un azul lechoso, se entraba en mí. Blando recuerdo, paz, quietud, sentir hondo.

Me saca de este arrobamiento ecológico un tableteo de alas y se altera la quietud deshaciéndose el hechizo. Una bandada de cuervos, sombría como flores negras que se arrojan al viento, que con sus gritos secos había surgido de las ruinas del monasterio. Eran como saetas negras que quisieran turbar nuestro estado de ánimo con su agudo chillido. Sus picos, tableteando, asustan a una paloma que atolondrada voló como un copo de nieve, dejando en el azul solo los cuervos negros como puntos suspensivos en un relato de terror.